

habian dejado perder; se ha dado, en fin, al discurso todo el orden, toda la precision de que es capaz: esto conduce insensiblemente á poner ingenio en el discurso.» — La Bruyère quiso introducir el ingenio en el estilo que tanto echaba de ménos; Bussy, Pellisson, Fléchier, Bouhours, le ofrecian muchos ejemplos, pero sin continuidad, sin consistencia, sin originalidad. Despues de Pascal y de La Rochefoucauld, trataba de tener una manera delicada sin parecerse á los dos grandes prosistas. Boileau, como moralista y como crítico, habia expresado muchas verdades en verso con cierta perfeccion; La Bruyère quiso hacer en la prosa alguna cosa análoga, pero mejor, más fina, más escogida. Hay en Boileau muchos pensamientos acertados, rectos, justos, proverbiales, pero demasiado comunes, que La Bruyère no hubiera escrito jamas. Debia creer en el fondo de su alma que aquello era ya un exceso de vulgar buen sentido. En él todo era nuevo y calculado. En lugar de sentencias del género que al autor del *Arte poética* le eran tan familiares, como:

« Lo que bien se concibe se enuncia claramente, etc. »
(*Ce que l'on conçoit bien s'énonce clairement*),

nos dice en su admirable capítulo *De las obras del espíritu* (que es su *Arte poética* y su *Retórica*): « Entre todas las diferentes expresiones que pueden traducir uno solo de nuestros pensamientos, no hay más de una aceptable; una sola es buena. No siempre es fácil encontrarla hablando ó escribiendo, pero siempre existe. Cualquiera otra resulta impropia ó débil y no satisface al hombre de talento que quiere hacerse entender. » El gusto cambiaba, pues, y La Bruyère ayudaba. Confina con el siglo décimooctavo más que cualquiera otro escritor de su tiempo. Vauvenargues pertenece más que él al siglo décimosétimo. Pero no... La Bruyère tambien está plenamente dentro de su siglo incomparable, pues en medio de su aspiracion de novedad y rejuvenecimiento, sabe conservar en el fondo cierto gusto sencillo.

Aunque expresa sobre todo el hombre y la sociedad, lo pintoresco se aplica ya en La Bruyère á las cosas de la naturaleza más de lo que en su tiempo era comun. ¡ Cómo nos dibuja en un dia favorable la villa que le parece *pintada en la pendiente de la colina!* ¡ Con qué

gracia nos muestra en su comparacion del príncipe y el pastor el rebaño esparcido en la pradera, la yerba *tierna y menuda!* Á él solo pertenece la idea de haber incluido en el capítulo *del corazón* estos dos pensamientos:

« Hay lugares que admiran; hay otros que conmueven y en los cuales se querría vivir; »

« Me parece que se depende de los lugares por el espíritu, el humor, la pasion, el gusto y los sentimientos. »

Juan Jacobo y Bernardino de Saint-Pierre, en su amor á los lugares, se encargarán un dia de desenvolver todos los matices, embrionarios por decirlo así, de este propósito discreto y delicado. Lamartine no hará otra cosa que traducir poéticamente la frase de La Bruyère, cuando exclame:

« Objetos materiales; tenéis un alma propia
Que en la nuestra se infunde y la hace amar? (1). »

La Bruyère está lleno de estos gérmenes brillantes.

Si álguien se admira de que La Bruyère, que por tantos conceptos parece un escritor del décimooctavo siglo, no haya sido por este más invocado y celebrado, hay una respuesta: fué para ello demasiado prudente y desinteresado; tomó al hombre en general ó en sus variedades de toda especie y pareció un aliado poco especial, poco activo, para aquel siglo de hostilidad, de lucha y de pasion. Además, la actualidad, la oportunidad de ciertos retratos enteramente personales, habia desaparecido. La moda habia tenido gran parte en la boga de su libro y las modas pasan. Más todavía: Fontenelle (*Cydias*) abrió el siglo XVIII y, como era natural, fué discreto, fué reservado sobre La Bruyère que le habia herido; tuvo un desquite de cincuenta años sobre los enemigos de su juventud.

Hay en La Bruyère pensamientos y frases muy semejantes á los de nuestros días. Me ha llamado la atencion un pasaje en que habla de jóvenes que, á causa de las pasiones *que los divierten*, soportan la soledad mejor que los viejos; esta observacion se aproxima á unas palabras de *Lelia* sobre los paseos solitarios de Stenio. He notado

(1) *Objets inanimés, avez-vous donc une âme
Qui s'attache à notre âme et la force d'aimer?*

tambien su queja sobre la enfermedad del corazon humano consolado demasiado pronto, que carece de recursos inagotables de dolor para ciertas pérdidas y he visto el parecido de este lamento con otro de la moderna *Atala*. Aunque La Bruyère ha dicho que *la eleccion de los pensamientos es invencion*, es menester convenir en que esta invencion se hace demasiado fácil y seductora con él para entregarse á ella á discrecion. — En política hay simples rasgos que atravesando las épocas llegan hasta nosotros como flechas: « No pensar más que en sí y en el presente, fuente de error en política. »

Hay un punto sobre el cual los escritores de nuestro tiempo no deberian cansarse de meditar á La Bruyère, y si no imitarlo, al ménos honrarlo y envidiarlo. Gozó de una gran felicidad y acreditó una ejemplar prudencia: con un talento inmenso, no escribió sino para decir lo que pensaba; lo mejor en lo ménos: tal era su divisa. Hablando una vez de madama Guizot, indicamos que sembró pensamientos memorables en multitud de artículos oscuros, siendo necesario que los entresacara cuidadosamente una mano amiga, una voluntad piadosa. La Bruyère, nacido para la perfeccion en un siglo que la favorecía, no derramó sus pensamientos en obras de todas clases; los puso todos á la vista y en relieve, como las mariposas que se fijan sobre un papel blanco. « El hombre de más genio, dice, es desigual; encuentra la inspiracion, pero la pierde; en este caso, si es prudente y discreto, habla poco y no escribe nada... ¿Se canta con catarro? ¿No se espera á recobrar la limpidez de la voz? » De esta costumbre, de esta necesidad de *cantar* siempre sin contar con la voz, proceden en su mayoría los defectos literarios de nuestro tiempo. En ellos se ve la necesidad de completar columnas, la obligacion de llenar sendas cuartillas, que producen la amplificacion de los detalles ó las intempestivas digresiones. Todo esto se ve en los mayores talentos, en los poemas mejores y en la prosa más bella. El feliz y prudente La Bruyère se conducía de otro modo; pero es verdad que su alojamiento en el hotel Condé y sus mil escudos de pension le daban facilidades que no están al alcance de todos los que escriben.

Hoy que está derogada y en desuso el *Arte poética* de Boileau, la lectura diaria del capítulo de las *obras del espíritu* de La Bruyère

sería para los talentos críticos lo que para las almas tiernas un capítulo de la *Imitación*.

La Bruyère, ademas, tiene otras cien aplicaciones por la infinidad de pensamientos ingeniosamente profundos sobre el hombre y la vida. Al que quiera reformarse ó ponerse en guardia contra los errores, las exageraciones, los falsos arrebatos, le convendria tomar consejo del famoso moralista como en los dias de 1688. Por desgracia, suele no descubrirsele aunque se le consulte hasta que ya se ha hecho una parte del camino, cuando se es más capaz de conocer el mal que de practicar el bien, cuando se han prodigado y agotado los recursos en las más falsas empresas. Es mucho, sin embargo, saber consolarse ó apesadumbrarse con él.